

Antología poética

María Elvira Lacaci

ÍNDICE

Humana voz

[Estaba erguida, inmóvil,
contemplando]
Dios soñado
El traje nuevo
[Mejor ser dura piedra. Calcinada]
Mi retrato

Sonido de Dios

Dime
El dedo de Dios
Sin la mano de Dios
Canta
Los invitados
Desigualdad
Las aves tienen casa

Al este de la ciudad

La palabra
La llamada
Mi ventana del suburbio
Amor
A los hombres del este
Los borregos
El colchón azul
Voz de los humildes
Maternidad
Los picapedreros
Los hombres no son árboles
Oración del tabique

Molinillo de papel

Mi globo
La pajarita de papel
El payaso
La lluvia
La campana
«Érase una vez»

Humana voz

(1957)

[ESTABA ERGUIDA, INMÓVIL, CONTEMPLANDO]

Estaba erguida, inmóvil, contemplando
esta carne morena
que empezaba a pudrirse
tersamente caliente.
Si es temprano —decía—, si está despierto aún
mi pensamiento, si tengo pulsos jóvenes, y vista.
Si todavía oigo —aunque no escuche—.
No es humano —decía— aun muriéndose más,
sentir la podredumbre cómo crece
y avanza lenta sobre mi organismo
entre unas leves formas aún precisas.

Me quise refugiar dentro del alma.
Pero estaba peor.
Cadáveres antiguos
sin tierra por encima. Aquello era espantoso.
Tenía que vivir
mientras no me pudriera
totalmente.
Cerré los ojos y apreté los párpados
—como si se tratara de mandíbulas—,
y un grito perforante
salió de mi garganta siempre muda:
«Congélame los ojos, Dios, tanto dolor humilla.
Me hace daño la luz y así con ellos
fuertemente apretados
no podré caminar
entre tanto oleaje indiferente,
y si los llevo abiertos...»

DIOS SOÑADO

Nos vamos arrastrando
penosamente. Mudos. Sobre el tiempo.
Nunca como los ríos. Jamás como serpientes.
Nos pesa acaso el cuerpo. El barro endurecido.
La gravedad que gira
por sobre el corazón. En sus arterias.
Unos
tenemos un momento de desgarró
en que clamamos, en que confiamos,
en que intentamos, aunque torpemente,
enderezar
la desviada sombra proyectada.
Acaso el viento se levanta
huracanadamente. Nos derriba
de nuevo. Nuestro llanto
ya es el eco sonoro de su vuelo nocturno
que levemente, temeroso,
va rozando o se posa
sobre la vaguedad de ciertos signos:
—la fe, la propia estimación, o el amor verdadero—
Es entonces
cuando a nosotros llegan. Afiladas
palabras que agudizan nuestra bruma
—porque el temor confunde, pero jamás conmueve—,
palabras que se clavan en las fibras
de la carne vencida.
Palabras
de justicia divina, que se yerguen
implacablemente
frente a nosotros. Derribados. Mínicos.

Yo prefiero soñarte más humano,
con un trozo de barro —nuestra carne podrida— entre tus manos,
y escuchar tus palabras. Las tuyas de verdad,
—las que a mí me dirías si me tropezaras—:
«Es que acaso, con esto, puede hacerse otra cosa»,
mientras se va posando
la ternura infinita de tus ojos
sobre tanta miseria.

EL TRAJE NUEVO

Voy a vestirme el traje de etiqueta.
Cuidaré mis maneras.
Perfumaré mi aliento —respirando el estiércol tanto tiempo...—.
No. No es correcto. Lo sé,
el presentarme así todos los días.
A mi modo. Rebelde.
Llevando de la mano —igual que las gitanas de la puerta del
«Metro»—,
palabras mal peinadas. Andrajosas. Desnudas.
Intentaré acordarlas.
Arcangélica música debe llevar el viento
cuando gira:
«Los oros del otoño», «Las cascadas», «Los trinos».

Pero no. No podré; ¡estos modales...!
Cuando me sienta estrecha aquí en el alma.
Cuando me pise sin clemencia el tiempo,
vocearé de nuevo.
Escupiré a la rima —la rima es de burgueses
de la dicha—, y mis zapatos
llevaré ya en la mano. Iré saltando
libre
de su opresión.
Y de verdad lo siento. Debe ser tan hermoso,
con paternal orgullo,
pasear entre gentes —satisfechas
del todo— almidonadas frases
con puntillas
y lazos
de colores vistosos...

[MEJOR SER DURA PIEDRA. CALCINADA]

Mejor ser dura piedra. Calcinada.
Pedazo de una roca, donde presos,
no pudieran tentar jamás los huesos
la plenitud febril de una alborada.

¿Para qué estremecerse ante la nada,
ante los dulces, tibios, blandos besos
de un amor o un dolor? Fríos e ilesos
fueran mis pulsos una torre aislada.

Amando o sin amor ser solo piedra
—torva mudez ante la verde hiedra—.
Piedra entre piedras. Vegetando. Triste

en mi materia gris, pero tranquila,
sin arrasar lo oscuro. Dios vigila
cuando mi pecho es toro y ciego embiste.

MI RETRATO

Que cómo soy: mis ojos
abrió el dolor en ellos grandes zanjas.
Tienen cruces pequeñas, desteñidas,
y enredadera tímida le crece.
Mi corazón —pantano de amargura—
está aprendiendo a odiar, pero le cuesta
tanto. Llevo un vestido único que arrastro
porque me viene largo
—y a todo el mundo suele venir corto—.
A veces me requiebran y me siguen
por estas largas calles de Madrid. Asombrada,
le digo a Dios —que nunca de madera
me quiere hacer vestido a la medida—,
tirándole del brazo
con travesura alegre, ya saltando
como el niño que juega al escondite
y acaba de burlar a sus amigos:
«Mis gusanos, Señor, no los han visto».

Sonido de Dios

(1962)

DIME

Dime que no te hago
a la medida
de mi desolación sin horizonte.
Dime que mi agonía no te inventa,
cuando en su ahogo lento, pronunciado,
te siente por las venas
respirándote.
Dime que yo no sueño. Que es tu mano
la que temblando aprieto
entre las mías,
cuando la noche en mis pupilas crece.
Dime que cuando hablo —que solo a Ti te hablo—
vas recogiendo mis palabras leves. Apretándolas
sobre tu corazón. Como presiento.
Dime que cuando lloro
alargas tu sonrisa —la que veo—
hasta lo más mojado de mi cara.
Dime que vivo en Ti.
Que si te siento, si Tú vives en mí,
como mi carne, mi alma o mi tormento,
es del todo verdad.

Dímelo Tú, Señor. Dímelo. Fuerte.
Grítale al corazón. Que se rebela.
Porque un sonido extraño lo atormenta.

EL DEDO DE DIOS

Sobre ese cementerio que en lo hondo
celosamente guardo
de mí misma
—que húyo, que rehúyo con malsana obsesión
día tras día—, hoy
un rutilante amanecer nacía.
Era el dedo de Dios. Alucinante.

Serena
caminaba entre signos y celestes chispazos:
«Mira de frente. Pisa fuerte, camina
por esta geografía que rechazas. Aquí
destrozaste una rosa. Aquí
derrochaste el caudal de tus latidos. Aquí
mordiste un tiempo que era solo mío...»

Mis ojos,
muy redondos, muy húmedos, muy sorprendidos,
se iban posando
sin recelo alguno
donde el dedo de Dios decía: «Aquí...»
Y acabé sonriendo.
Porque era tan hermoso
caminar a lo largo de un pantano
y endurecidas huellas ir dejando en su torno.

SIN LA MANO DE DIOS

Señor,
no he perdido la fe.
Creo en Ti. Existes.
Has hecho el universo. Lo conservas.
Has creado a los hombres
y alientas su vivir. Desalentado.
Puedes aniquilarnos. Eres justo.
Y sé que nos aguardas
tras el vaho más último que se desprenda
de nuestros pechos.
Es tu mano
la que no sé sentir entre las mías.
Tu mano que a diario
apretaba,
temblorosamente. Desgarradamente. Apasionadamente.
No digo que fue alucinación esa tu entrega
palpitante y sensible —oh, aún conservo
unas sutiles rayas en la palma de mis manos—.
Pero hoy... no sé pedirte nada. Ni siquiera mi aliento
fluye desesperado hacia tu pecho. Porque hoy
tiene forma de niebla
estancada —es de noche—
en la vasija de este pecho mío.

CANTA

Y me pesó tu dedo
lo mismo que un gran manto
de hierro
que pendiera
en mis desnudos hombros.

Y me pesó tu dedo
cuando me señalaste el corazón —esta mañana—,
mientras el aire,
el aire enrarecido de mi alcoba,
volteaba un sonido:

Canta.

Y quisiste huir. Temí, me encogí hasta el abismo
de la angustia,
porque pesaba mucho tu palabra:

Canta.

Déjame como siempre
volar por la palabra. Libre. Suelta.
Que yo te cantaré como hasta ahora.
Pero no vuelvas a decirme:

Canta.

LOS INVITADOS

Yo diré como Tú:
«Vengan a mis manteles
los tullidos. Salid a los caminos...»
Sí, salid a los caminos, versos míos.
Buscad a los blasfemos. A los desesperados.
A los de carne y alma lacerada.
A todos los impuros...

Con cuánto amor-desvelo coloqué mis manteles.
Qué flores de ilusión
sobre el blanco
de la tan larga mesa de mi llanto (frente a cada sillón
había una tarjeta con un nombre querido).
Y la mesa vacía. Sí,
salid a los caminos, versos míos.
Traed
a mis manteles
a los salteadores. A las bestias.

DESIGUALDAD

Señor,
no comprendía
tanta desigualdad. Tremenda. Injusta.
Intentaba saber. Te preguntaba.
Apenas si recuerdo.
Palabras muy confusas
me brotaban
(no tenían más eco
que el monocorde grito de un trapero).
«Unos seres felices;
mientras otros,
roídos por la angustia permanecen».
Y Tú nada decías.
Algo
nació de pronto
sobre mi agonía,
brotando inconteniblemente
como la sangre joven
de una herida,
que en forma de sonido
quería perforar
tu gran silencio.
«Tenemos que vivir en otro Tiempo».
Creo que lo dijiste.
Tú.
Pero en aquel momento recreé tus palabras
al margen de tu voz.
Porque una luz, fortísima, desesperada,
atravesó
las hendiduras todas de mi alma.

LAS AVES TIENEN CASA

*«El cielo y la tierra pasarán,
mas mis palabras no pasarán»*

Y yo me agarro a ella. Desesperadamente.

Ahora

que la angustia aprisiona

la sangre

en los tendones:

«Las aves tienen casa...»

Una lágrima leve

despojada de noche y de salitre

se asoma temblorosa a mis pupilas.

Entrecortadamente, salpicadas,

sin orden,

tus palabras, oh Cristo,

las hago mías —una cuerda tensada en mi caída—.

«Las aves tienen casa...» «El hombre...»

«El Padre Celestial...»

Ya me levanto.

Me sacudo la fe —se ha manchado de tierra—.

Una perra, en las obras cercanas, ladra fuerte.

El suburbio, en agosto,

es un desierto. Ciega su luz.

La tierra calcinada de sus descampados

se agrieta

al ser

recientemente pisada por sus hombres.

Al este de la ciudad

(1963)

LA PALABRA

Yo te quiero sencilla. Acaso pobre.
A veces,
vas a brotarme de organdí vestida (sin querer
me florece el lenguaje de otros seres).
Con amor te desnudo.
Quedas como mi carne.
Como mi corazón y sus latidos.

A menudo,
igual que los pequeños
ante una tienda de juguetería,
pego la cara
a las brillantes lunas
donde se venden las palabras bellas.
Las admiro.
A otros les sientan bien. Si me las colocara...
Las aparto al momento
porque a mí no me sientan.

Y de nuevo voy cogiendo brazos de palabras
entre la hierba fresca
y bajo el cielo.

LA LLAMADA

Y en la tarde así umbría
sentía más que nunca
mis raíces adherirse al asfalto,
como temiendo que me arrebatasen
de aquellas sus entrañas.
Del rescoldo que ha sido
durante largo tiempo
único vaho sobre mi existencia.
Y arrastraba los pies casi a capricho (no llevaban dolor aquella
tarde).
y me perdía ansiosa,
ávida de encontrarme igual que siempre,
entre una multitud
que, como yo,
luchaba con tesón frente a la vida.
Sentí cómo otras voces
me llamaban de pronto —inesperadamente,
en los periódicos,
mi nombre apareció aquella mañana—.
La luz me reclamaba.
Cerré los ojos despaciosamente. Las pupilas,
heridas,
buscaban el descanso de lo oscuro.
Mi corazón,
rebelde,
se adhería a lo suyo,
a la corteza gris. De la miseria.

MI VENTANA DEL SUBURBIO

Ahora mis pupilas
se visten de ladrillos colorados
o se cuelgan pesadas de los alambres de la luz eléctrica.
A veces, dejo este no mirar sobre las cosas
y entonces
veo cielo, ventanas...
Y, por ellas,
lámparas de cristal, muy recargadas. Descoloridas
ampliaciones de fotografías —de comunión o de boda—.
Mujeres
sacando a los alféizares pucheros, peinándose largas crenchas
o regando geranios.
Veo también botijos de colores y blancos.
Y jaulas diminutas con jilgueros.
Hoy en mitad de la «calle», dos muchachas
hicieron un colchón muy floreado.
Con bastante frecuencia, los gitanos
vienen a hacer piruetas —más o menos circenses—. Luego
recogen calderilla y pan duro abundante.
A veces llegan a mí palabras... Palabras
con que expresan
su titánica lucha contra la miseria.
Y mi dolor aún crece y se desborda
compartiendo
el esfuerzo
de estos humildes seres. Resignados.

AMOR

Apenas un rectángulo de metro y medio
de tablas erizadas y cubierto
de lonas sucias y de trapos viejos,
entre la tierra
húmeda. Era vuestra morada.

Yo os miré de frente.
Llevaba ya dolor
y no quería desbordar mi pecho. Pero
no pude evitar
aquel enconronazo en mis pupilas
con vuestra gran miseria. Santuario-corrал.
Al alejarme,
pensaba en vuestro amor. Desesperado.
Auténtico,
como el latido mismo de vuestros corazones.
En vuestro abrazo,
como la noche largo,
pondrías mucha alma dolorida. Aterida
la carne,
seríais
un vigoroso impulso. De coraje.
Y sentí que Dios —compartidor eterno del dolor humano—
descansaría
su manto azul
sobre las lonas y los trapos viejos.

A LOS HOMBRES DEL ESTE

Mi corazón os lleva en sus latidos
aunque dicen que sois
de la peor ralea de la especie humana.
Que siempre vuestros nombres
encabezan revistas de sucesos.
Pero yo
no acierto a traspasar
con desamor
la piel
curtida y con estrías
de vuestros rostros flácidos.
Sobre vuestra maldad que dicen ellos
adivino crispado vuestro espíritu
ante las dentelladas
que a diario
se os clavan en la sangre. Acorralada.

Ayer
he visto acuchillados los asientos
de los autobuses
que os llevan apiñados
a las fábricas, las obras, los mercados...

Sentí un escalofrío allá en lo hondo.
Aquellas cuchilladas despiadadas y firmes
me parecieron
vuestra sangre paciente. Que se rebelaba.

LOS BORREGOS

Llueve. Diríase que el barro ha sepultado
la estampa colorista del suburbio.
Todo es gris. Apagado. Hermosamente triste.
Desolado.
Un muchacho conduce unos borregos. Atraviesa una calle.
Hay que aguardar.
Los coches se impacientan. Suena el claxon.
El muchacho se vuelve
retador —debe creerse que la calle es suya—.

Y yo sonrío desde muy adentro
a los borregos sucios, al muchacho.
A la belleza toda
de este día
cruel
que me penetra
hasta hacerme olvidar que es inhumano
tener que caminar
sorteando las charcas estancadas.
Y el barro amasado
por pies muy finos, pero mal calzados.

EL COLCHÓN AZUL

El invierno se aleja.
El sol
se arrima ahora
a las paredes blancas y a las puertas
de hojalata oxidada
de las pequeñas casas
hacinadas en un gran descampado.
Frente a una de ellas,
hombre y mujer
introducen lana limpia
en una tela azul recién lavada.
El aire,
tibiamente caliente de finales de marzo,
les acaricia.
Al mirarles, pensé:
ni pájaros ni flores.
Primavera: este colchón azul que reverbera.

VOZ DE LOS HUMILDES

Al pasar
leí la otra mañana
en un cartón con mugre
y escrito con un lápiz
colorado:
«Se bende esta casa
el que la compre
podrá pagarla
en sesenta días».
Y yo me sonreí.
Es tan maravillosa la voz
de los humildes.
Aquello (una blanca chabola
con una puerta en medio
hecha con latas viejas
donde aún se leía:
Pimentón, escabeche, azafrán y membrillo)
se erguía
como planta silvestre
en un gran descampado. Polvoriento.

Recordé de repente
otros anuncios sobre los inmuebles:
«Pisos de lujo. Un millón. Facilidades...»
Qué monótono y falso este lenguaje.
Y me alejé
intentando saber
allá en lo hondo
por qué será así de fresca
la castigada voz de los humildes.

MATERNIDAD

La venía mirando, penetrando
mi alma,
aquella su palidez hiriente. Macilenta.
Sus ojos,
desbordadas laguas de cansancio o de hambre.
Sus manos,
ennegrecidas y a la vez gastadas.
Sus pómulos
que parecían desprenderse vivos
de su reseca cara
conformada
al hálito podrido de donde emergía.
Sus zapatos, su ropa...
Y yo sentí el dolor de aquella vida (una mujer de apenas treinta
años)
que solamente a Dios le dolería.
Y su miseria floreció en mis ojos,
trepó por mi garganta
y, adherida,
tembló sobre las fibras de mi pecho.
Alguien —fue un varón del Metro—
se levantó para cederle el asiento.
Pude verle de frente
su tan redondo vientre. Palpitante. Y...
súbitamente
sentí la gran belleza de su carne
erguirse luminosa
sobre toda razón de sufrimiento.
Mis pupilas,
brillantes y entregadas,
la veían,
ahora,
con derecho a existir. Junto a los otros.

LOS PICAPEDREROS

Yo no decía nada,
pero miraba
desoladamente
hacia unos hombres
de torso ennegrecido, sudorosos,
que en mitad de la calle
picaban el asfalto. Con premura.
Me dolían
aquellos y los otros. Los de todas las calles
(cuarenta grados de temperatura —agosto y mediodía—).
Yo no decía nada,
solamente pensaba:
volverán los otros
de un prolongado verano tibio.
Las calles y jardines
estarán ya intactas para sus pisadas.

Y yo no decía nada.
Pero los latidos de mi corazón
eran ya
el lamento mismo
del monocorde ritmo de los picos
hincándose con rabia en el asfalto.

LOS HOMBRES NO SON ÁRBOLES

Señor, mañana
cortarán una cepa de tu Viña —está la soga a punto—.
A ti te hablo, Dios,
porque los hombres,
si escucharan mi súplica,
se rasgarían
sus vestiduras rojas. Rojas también de sangre —hay crímenes
legalizados—.
Recuérdales
que esas vidas taradas, lo mismo que las otras,
las engendró tu mente.
Y solo a ti te alcanza
aniquilar su aliento. Que te pertenece.
Hazles saber, ¡oh, Dios!,
que el hombre no es un árbol
que hay que talar
si su savia se pudre. Y le rebasa.

Y esta noche —que ha de ser negra dentro de su celda—
salpícala de pájaros y flores.

ORACIÓN DEL TABIQUE

Un tabique, Señor,
para las largas naves
de tantos hospitales. Gratuitos.
Un tabique, Señor.
Aunque sea muy leve.
De apenas cal, cemento. Sin ladrillo.
Un tabique, Señor, para que los defienda
de la queja más próxima,
de la lágrima ajena, de la muerte cercana...
Un tabique, Señor.
Aunque haya en los jardines menos flores,
menos fuentes graciosas
y menos avenidas
espaciosas.
Un tabique, Señor,
para las largas naves
de tantos hospitales. Gratuitos.

Molinillo de papel

(1968)

MI GLOBO

Abrí mi mano —su palma—,
se alejó mi globo terso.
¡Rima libre de algún verso!
¡Vuelo sereno de un alma!

Dejó pájaros cantores,
valles, mar y serranía.
¡Quién fuera en su compañía,
lejos de asfalto y motores!

¡Ya se oculta! ¡Qué alto sube!
¡Ya sale! ¡Se tornó verde!
Pero de nuevo se pierde
tras una esponjosa nube.

LA PAJARITA DE PAPEL

Con el trozo de un diario,
una leve pajarita
hice hoy. Voló bajita.
¡Planeó sobre mi armario!

Luego la cogí. Sus alas
letras tenían, oscuras.
Hablaban de sendas duras.
y de silbidos de balas.

De soldados, de aviones.
Pajarita, ¿por qué hay guerra?
¡Tan bonita está la tierra
sin herirla los cañones!

Entre trigo y amapolas
—en los surcos— juego al tren.
Si el viento sopla hay vaivén
¡de mar verde y blancas olas!

EL PAYASO

Pinta su cara de harina.
Su nariz es una bola. Su chaqueta,
larga cola de avestruz.
Cristalina es su mirada
ausente, que regresa de repente
para posarse en los niños.

Les hace muecas o guiños. Les sonrío
entre gritos o silencio.
Su cuerpo se contorsiona.
Pues toca el acordeón
con trozos de corazón. Y su vestido
es raído. El payaso ¡jamás se vistió de raso!

LA LLUVIA

Llueve, llueve... Goterones
caen con fuerza. Un gran río
¡es mi calle sin navío!
Árboles son los balcones

que amparan a los obreros
que fuman. Y el capataz
aguarda el brillante haz
de luz. Y los barrenderos

se guarecen. Con sus botas
y sus cubos plateados
—brillantes pero enfangados—,
cristal son, que llora en notas.

LA CAMPANA

¡Qué bien ríe la campana!
Dice ¡dim! ¡dom! cada hora.
Y sin demora ¡nos llama con alegría!
Campanita, lo mismo que tu ¡dim! ¡dom!
mi corazón late fuerte.

¡Si yo pudiera a tu cuerda
abrazarme! Luego
lanzarme
contigo sobre el espacio.
Y tu ¡dim! ¡dom! campanero
sería cual avión
¡que al cielo me elevaría!

«ÉRASE UNA VEZ»

«Érase una vez ...» ¿Un hada?
¿Una joven soñadora?
¿Una pobre soñadora
en princesa transformada?

«Érase...» ¿Acaso una rosa
con gotitas de rocío
y encogida por el frío?
Algo así..., ¡pero otra cosa!

Sobre todo una mujer
que, colorín colorado,
este libro ha terminado.
¡Y lo engendró con su ser!